

DE LA DAMA SUMISA A LA MUJER AGUERRIDA: SER Y DEBER SER DE LAS VENEZOLANAS DE PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX

Violeta Rojo*
Departamento de Literatura
Universidad Simón Bolívar

Resumen: La visión general sobre las mujeres venezolanas del siglo XIX es que eran pasivas, ignorantes y constreñidas por las pautas de comportamiento y el discurso moralizante de la autoridad. Esta percepción está signada por la visión de los historiadores, viajeros y testigos, sin embargo, es posible encontrar también referencias historiográficas a una activa participación femenina en la guerra de Independencia.

Ante los referentes contradictorios, analizaremos uno de los pocos discursos femeninos que han sobrevivido: el epistolar. A partir de varias cartas enviadas a principios del siglo XIX, podremos observar la manera de expresarse, sentir y pensar de aquellas mujeres y comprobar que la descripción historiográfica es un intento de adecuar los deseos del “deber ser” femenino con una realidad inexistente. Esto es, que la pasividad de las mujeres es un constructo moral y no una realidad.

Palabras clave: discurso epistolar, mujeres, guerra de Independencia, Venezuela

Abstract: The general vision on the Venezuelan women of XIX th century is that they were passive, illiterate and restricted by the guidelines of behavior and the

* Violeta Rojo es profesora e investigadora del Departamento de Literatura de la Universidad Simón Bolívar. Actualmente realiza una investigación en la sede del Instituto de Investigaciones Históricas-*Bolivarium* sobre la correspondencia inédita de Teresa Carreño.

moralizing discourse of the prevailing mores. This perception is borne out by the writings of historians, travellers and witnesses; nevertheless, it is possible to also find historical references to active feminine participation in the War of Independence. Before referring to the contradictory ones, we will analyze one of the few feminine expressions that have survived: the epistolary. From several letters sent at the beginning of the XIXth century, we will be able to observe the way these women felt, thought and expressed themselves and to ascertain that those women and to verify that the historical description is an attempt to adapt desires of “having to be” feminine to a nonexistent reality. This is, that the described passivity of these women is a moral construction and does not reflect reality.

Key-words: epistolary genre, women, Independence War, Venezuela

Los textos históricos, los discursos de la época y los testimonios de viajeros del siglo XIX nos las describen como seres infantiles, perezosos, ignorantes, que se comportaban como animalitos asustados, encerradas en sus casas, iletradas, coquetas, sin opinión, desinteresadas de lo que las rodea. En esos mismos libros, sin embargo, nos las muestran como mujeres de temple, que participaron en la guerra, manejaban hombres y haciendas y vivieron con entereza el cataclismo que significó en sus vidas la guerra de Independencia. Pareciera que los historiadores y escritores se basaron más en los ejemplos de lo que deberían ser las mujeres del siglo XIX que en lo que fueron realmente. Aún los más acuciosos analistas prefieren mantener a las mujeres del siglo XIX en el nicho presupuesto más que intentar una nueva visión de ellas.

Por otra parte, la voz de estas mujeres pocas veces se escucha. Los documentos en los que se expresaron (cartas, ya que los diarios íntimos, que tanta información podrían proporcionar parecen haber desaparecido en el fragor de la guerra), no se contemplan para darles otra dimensión al análisis. En este texto intentaré mostrar cómo la visión sobre la mujer venezolana en el siglo XIX ha sido falseada, comparando tanto los análisis históricos, como los textos literarios y los epistolarios femeninos.

Las ideas sobre el comportamiento de las mujeres decimonónicas, estuvieron influidas por algunos libros religiosos del siglo XVI: *Instrucción de la mujer cristiana* de Juan Luis Vives (1524); *La perfecta casada* de Fray Luis de León (1581); *Jardín de las*

nobles doncellas (1550) de Fray Martín de Córdova. En estos textos se hace hincapié en su limitación intelectual, su inclinación a la molicie y la lujuria, su carácter cambiante y poco serio. El padre Vives lo explicaba:

Al hombre muchas cosas le son necesarias; verbigracia: la prudencia, el bien hablar, la ciencia política, la memoria, el talento, el arte de vivir, la justicia, la liberalidad, la magnanimidad (...) Empero en la mujer nadie busca la elocuencia, ni el talento, ni la prudencia, ni el arte de vivir, ni la administración de la República, ni la justicia, ni la benignidad; en suma, nadie reclama de ella sino la castidad, la cual, si fuere echada de menos, es igual que si al hombre le faltaren todas. La castidad en la mujer hace las veces de todas las virtudes¹.

La complejidad de los hombres, por tanto, no puede ser comparada a la de las mujeres. El comportamiento sexual de éstas es lo único importante. En estos libros se explica que las mujeres no tienen capacidad para estudiar, no deben salir a la calle y si lo hacen deben caminar modosamente; no deben levantar los ojos ni ver a nadie directamente; deben ser parcas en la conversación y evitar la risa. Podríamos pensar que las mujeres desde el siglo XVI hasta el XIX, eran efectivamente unas criaturas ignorantes, sin ningún tipo de educación porque se consideraba que la ciencia no es propia de mujeres ya que las induce a pensar, cosa contraria a su condición; que tenían prohibida la lectura de novelas (que son lecturas poco virtuosas que incitan al pecado), y sólo debían ocuparse del trabajo manual; dedicadas en cuerpo y alma a sus hijos y esposo; sumisas y obedientes a los hombres; legalmente impedidas; afectadas y ridículas hasta la exageración y que sólo tenían por horizonte el ser esposas y madres o monjas. Esto pareciera comprobarse con el siguiente texto.

Bartolomé Andrade, comerciante de cacao, gestiona en 1813 la dispensa matrimonial por consanguinidad para que su hijo se case con su prima hermana. Los argumentos que esgrime son:

Mi sobrina Rosa Manrique es de poco común belleza, y perfección, que me permito relatarla (...) Importan sus años, que son quince, y blanca la tez, y rubios, los cabellos, leves los pies, y dulce, la voz, se engañan los

¹ Juan Luis VIVES, “La formación de la mujer cristiana”, En: *Obra completas*, Madrid, Aguilar. La cita se encuentra en Inés QUINTERO, “Mujer, educación y sociedad en el siglo XIX venezolano”, *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer*, 1, Octubre-diciembre, 1996.

hombres simples que ven allí depositada la hermosura, y esbeltez. Esas se depositan, en la sencillez de los ropajes, que encarga en piadosa sastrería, en que no es preocupada, de las cosas del mundo, en que es ignorante, y desinteresada, de la calle, en que no lee, lo que no debe leer, o en que zafa de la conversación, con los hombres, como sortiera veneno, de un reptil, porque prefiere dirigir la voz, a la Magestad de el Altar. ¿Puede mi hijo, Sría Illma, encontrarse, con un refulgir de belleza, en otra muxer?²

Como vemos, las prendas de Rosa consisten más que nada en su ignorancia y su desinterés por las cosas de la calle. Rosa es la mujer ideal para ese padre. Sin embargo, su presentación es para la Iglesia, la misma que estableció con mayor fuerza el “deber ser” de las mujeres y los que con más ahínco se dedicaron a su descripción.

Monseñor Ibarra, en 1802 consideraba que es mejor que a las mujeres “...les reserven dolores de cabeza con historias simples y no con asuntos de complicación, pues que no entienden y es tiempo perdido”³. Opinión que ratifica Narciso Coll y Pratt en 1811, quien se enfurece por la presencia de mujeres en las sesiones de la Sociedad Patriótica. En una carta remitida a Juan Antonio Díaz Argote, cura de La Guaira, afirma que

...no creo que los arrebatos políticos de las caraqueñas obedezcan a un asunto de pensamiento, pues no pueden comprender nada de filosofemas, ni de revoluciones políticas, ni de lectura de rudimentos (...) Para entender que las cosas andan mal, baste verlas metidas en retórica con libros en la mano, opinando y hablando en las tertulias. Eso no se ha visto en las civilizaciones, sino entre pueblos que caerán en el desgalgadero con ellas en tono de capitanes. Mujeres opinando lo que no pueden saber, pueblo sufriendo. ¡Y las consecuencias sólo Dios las sabe!⁴

Monseñor Coll se indigna por la asistencia de las mujeres a las reuniones políticas, mientras que en la *Biografía de José Félix Ribas*, Juan Vicente González las desprecia levemente: “Las mujeres platican también, saludan y sonríen, porque la Sociedad Patriótica las recibe con atención en su seno, *como medios de activa propaganda*

² Carlos DUARTE, *La vida cotidiana en Venezuela durante el período Hispánico*, Caracas, Fundación Cisneros, 2001, tomo I, p. 150.

³ Elías PINO ITURRIETA, *Ventaneras y castas, diabólicas y honestas*, Caracas, Editorial Planeta, 1993, p. 34.

⁴ *Ibidem*, p. 35.

y como adorno e incentivo”⁵ y continúa describiendo el tipo de charlas que mantenían estas mujeres: la hermosura de otras mujeres, la descripción de su atuendo, la admiración por los caballeros y chismes variados sobre los asistentes.

Un poco después, en 1843, monseñor Fernández Peña también se preocupa por la actitud femenina:

Más que el pueblo en la calle me preocupan las varonas. Si ellas se meten se hará un revoltillo. Esas varonas no saben de comercio, mucho menos de bancos. No saben de gobierno, mucho menos de partidos. No saben de doctrinas, mucho menos de oposición a la europea. No pueden saber más que de sus maridos y sus hijos. No saben aprender (...) Esas ideas no les pueden entrar en la cerviz, por empeño que se haga. ¿Revoltillo dije? El parto de las bachilleras será peor, que ni Páez lo podrá componer⁶.

Tanto Coll como Fernández Peña muestran que, a pesar de lo que debería ser el comportamiento femenino, las mujeres están tomando otros rumbos, inaceptables para ellos. Según sus textos podemos ver que no sólo su presencia era aceptada en la Sociedad Patriótica, sino que no perdían ocasión de asistir. También que, a pesar de los que predicaban las lecturas pías, las mujeres expresaban libremente sus opiniones políticas. Esto además puede comprobarse con referencias de otros autores. Arístides Rojas refiere que las americanas usaban como adorno en sus tocadores las orejas cortadas a los realistas, lo que nos hace pensar que la imagen de dulces damiselas no era aplicable a todos los momentos. El mismo don Arístides afirma que

Entre las familias caraqueñas, los odios políticos estuvieron tan acentuados, durante la guerra a muerte, que hubo algunas de ambos bandos, que con o sin intención tropezaban, para vapulearse públicamente en las calles de Caracas. Y aún se refiere de una dama, cuyo nombre dejaremos en el tintero, que no contenta con los encuentros fortuitos, entraba de sopetón en las casas de los contrarios y fustigaba a cuantos encontraba sin conmiseración⁷.

Rojas suele fantasear, pero la imagen de la mujer fuerte y activa puede comprobarse en otras fuentes. El sargento Martín Curbelo, desde Casanare, le envía una carta al general José de la Cruz Carrillo en 1815, pidiéndole permiso

⁵ Juan Vicente GONZÁLEZ, *Biografía de José Félix Ribas*, Caracas, Ministerio de Educación, 1975, p. 76. Las cursivas son mías.

⁶ Elías PINO ITURRIETA, *op. cit.*, *Ventaneras y...*, pp. 35-36.

⁷ Arístides ROJAS, *Crónica de Caracas*, Caracas, Fundarte, 1994, p. 181.

para casarse con la señorita Ana, a la que todos ponderan “porque ama la patria, y por la patria lucha. Si tiene que escoger, entre la casa, y la batalla, sale a pelear, y entre un faldón y la libertad, se pone un uniforme, con cucardas, y todo”⁸. La señorita Ana, entonces, actuaba como soldado, igual que tantas mujeres lo hicieron durante esos años, como demuestran las actuaciones de Josefa Camejo y Juana la avanzada, entre otras.

Carlos Pulido, en 1817, envía una carta de excusa para explicar por qué abandonó sus obligaciones para conversar con doña Juana Patiño, a la que había pedido matrimonio ese día porque “Ella piensa mucho en el daño probocado por los españoles, y así yo me enamore mucho, y me salí a saludarla, como quien saluda a la vanderá de la patria”⁹.

Ante estas descripciones contradictorias, una manera de analizar el comportamiento femenino en el XIX es a través de lo que ellas mismas contaban. Pero ese discurso, en su mayor parte, se ha extraviado. Por ejemplo, no es posible dar con un diario escrito por alguna de las mujeres de principios del XIX, que nos de luz sobre su manera de pensar y actuar y sobre los eventos de su vida. La guerra, las huidas, los terremotos, los incendios y, quizás, la censura impuesta por las familias, los hicieron desaparecer. El único discurso femenino que permanece es el epistolar. Este es también un discurso extraviado porque nos permite “poner algo en otro lugar al que debería ocupar”¹⁰ y ver a estas mujeres de otra manera.

Al analizar el epistolario femenino, uno de los textos principales es una carta pública, un manifiesto dirigido al nuevo Gobierno de Barinas: la *Representación que hace el bello sexo al Gobierno de Barinas* el 18 de octubre de 1811. Allí diecinueve barinesas que se llaman a sí mismas ciudadanas (título por cierto que se usó libremente hasta el fin de la guerra cuando desapareció opacado por el tradicional de señora) expresan su extrañeza por no haber sido llamadas para defender la población de San Fernando:

Exmo. Señor: Las ciudadanas abaxo suscriptas, en nombre de las demás de su sexo A V.E. representan: que noticiosas de la invasión que intentan los Guayaneses en el punto de S. Fernando, y que ha sido forzoso dirigir toda la fuerza que había de guarnición en esta plaza á aquel apostadero, *no*

⁸ Elías PINO ITURRIETA, *Ideas y mentalidades de Venezuela*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1988, p. 182.

⁹ *Ibidem*, p. 183.

¹⁰ *Diccionario de la Lengua Española*, Madrid, Real Academia Española, 2001.

han podido las representantes menos que extrañar no se haya contado con ellas para proteger su seguridad, cuando se está incomodando las tropas de los pueblos suburbios que podían reemplazar. No ignoran que V.E. atendida la debilidad de su sexo acaso ha procurado eximirnos de las fatigas militares; pero sabe muy bien V.E. que el amor a la patria vivifica a entes más desnaturalizados y no hay obstáculos por insuperables que no venza. Nosotras revestidas de un carácter firme y apartando a su lado la flaqueza que se nos atribuye, conocemos en el día los peligros a que está expuesto el país, el nos llama en su socorro y sería una ingratitud negarle unas vidas que sostiene. El sexo femenino, Señor, no teme los horrores de la guerra: el estallido del cañón no hará más que alentarle: su fuego encenderá el deseo de libertad, que sostendrá a toda costa en obsequio del suelo Patrio. En esa virtud y deseando alistarse en el servicio para suplir el defecto de los militares que han partido a San Fernando, suplican a V.E. se sirva tenerlas presente y destinarlas a donde le parezca conveniente baxo el supuesto de que no omitirán sacrificios que conciernan a la seguridad y defensa. Barinas, Octubre 18 de 1811.

Nicolasa Briceño, María Miyares, Manuela Méndez, Concepción Villafaña, Josefa Camejo, Joaquina Gracias, María del Rosario Iribarren, Juana María Norsagaray, Ana Josefa Bragado, Concepción Briceño, Concepción Coeto, Rita Josefa Brizeño, Candelaria Coeto, Nicolasa Pumar, Josefa Villafaña, Rita García, Josefa Porras, Josefa Montes de Oca, Josefa Linares, Concepción Arevolasa¹¹.

El discurso de estas mujeres es aparentemente ambiguo: hacen mención a su condición de representantes del sexo débil y a su supuesta flaqueza, y al mismo tiempo contradicen el estereotipo expresando su convencimiento de que las mujeres no temen a la guerra, que harán cualquier sacrificio y que su patriotismo las estimulará para tomar las acciones necesarias, esto es, irse a la batalla a defender a la patria con las armas. No son unas delicadas damiselas, sino mujeres activas, que quieren participar en los asuntos del país.

Juana de Clemente, hija de María Antonia Bolívar, también toma posición y le escribe a su tío Simón Bolívar el 1º de mayo de 1826:

Mi querido tío:

Yo no había escrito (...) antes (...) pero ahora lo hago porque lo exige la salud de nuestra Patria. D. Ibarra va a buscar a usted para que se venga aquí (según dice él y otros de su partido) a coronarse. Esto, en mi poca

¹¹ *Gaceta de Caracas*, Caracas, 5 de noviembre de 1811, Edición facsimilar 1808-1822, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1983. Las cursivas son mías.

capacidad, es un disparate; además es cosa de cuatro, y aunque él diga a Ud. que lo desean los pueblos es falso, pues aquí no se habló de eso hasta que llegó Pedro Briceño de Bogotá, que lo habló con algunos, y dijo esta era cosa de Santander y se hizo de algún partido aquí y, por supuesto, uno de los que más se ganó como amigo fue a D. Ibarra. Ud. véngase que aquí cuando lo vean hacen lo que usted quiera, y pone freno a tanto loco, el primero a Santander que es el que ha inventado este modo de tiranizar a los pueblos. Diego dirá a Us. que todos quieren esto, pero no se lo crea, que son los militares y dos o tres familias bien conocidas que sabrás cuando vengas. El pueblo tiene la esperanza en la venida suya, pues si usted se retira y no vuelve aquí será víctima este pobre Pueblo de estos hombres fanáticos.

Su sobrina que mucho lo ama, Juana de Clemente¹².

Otra vez la referencia a su minusvalía (“en mi poca capacidad”) pero expresa opiniones políticas. No sólo eso, está tan segura de ser escuchada que por eso escribe. Del mismo tenor son las muchas cartas que se conservan de Manuela White a su padre Guillermo White, en las que habla con pasión de política, de los últimos acontecimientos, de las opiniones de la gente acerca de las elecciones, critica la creación de Bolivia y explica sus experiencias en la escuela de niñas que manejaba. Manuela demuestra con su escritura que ha leído a Cervantes, que observa con pasión los acontecimientos y que, además de la política tiene otros intereses: la moda, los libros e incluso la manera de disimular una muela cariada.

Otra mujer que no hace melindres por los horrores de la guerra es Dolores Jerez de Aristiguieta, esposa de Antonio Nicolás Briceño, llamado El diablo. Cuando éste reglamenta los ascensos militares de acuerdo con el número de cabezas de españoles cortadas (de soldado a alférez, 20 cabezas, a teniente 30, a capitán 50), hasta los mismos patriotas protestan. Ella no, en carta a su esposo, desde Cúcuta, en abril de 1813 expresa:

...he tenido varias razones con doña Carmen Ramírez sobre el hecho de las cabezas remitidas, haciéndole ver las ventajas que podemos experimentar con sólo la ejecución de estas dos cabezas; que lo que nos hacía daño era que se pusieran con dichitos y murmuraciones (...) Y en una palabra, eres el coco de estos lugares (...) Y yo bien contenta¹³.

¹² *Catálogo Donación Villanueva a la Academia Nacional de la Historia*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1965.

¹³ *Epistolario de la Primera República*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1960, p. 113.

Pero estas cartas no sólo demuestran su activa participación en los eventos independentistas, tanto como guerreras, opinando pública o privadamente, también permiten apreciar su extraordinario estilo literario. Todos los datos sobre la ignorancia de estas mujeres y sobre los garrapatos que escribían –“no tienen otra educación, fuera de la que le dan sus padres, la cual se limita a rezar mucho, a leer mal y a escribir peor”¹⁴– parecen falsos al leer la conmovedora carta que le envía Mariana Carcelen, marquesa de Solanda, viuda de Antonio José de Sucre a José María Obando, asesino de éste:

Estos fúnebres vestidos, este pecho rasgado, el pálido rostro y desgredado cabello están indicando tristemente los sentimientos dolorosos que abruma mi alma. Ayer esposa envidiable de un héroe, hoy objeto lastimero de conmiseración, nunca existió un mortal más desdichado que yo. No lo dudes hombre execrable; la que te habla es la viuda desafortunada del Gran Mariscal de Ayacucho.

Heredero de infamias y de delitos, aunque te complazca el crimen, aunque él sea tu hechizo, dime, desacordado, para saciar esa sed de sangre, ¿era menester inmolarse una víctima tan inocente? ¿Ninguna otra podía aplacar tu saña infernal? yo te lo juro é invoco por testigo al alto cielo, un corazón más recto que el de Sucre nunca palpó en pecho humano. Unida á él por lazos que solo tú, bárbaro, fuiste capaz de desatar: unida á su memoria por vínculos que tu poder maléfico no alcanza á romper, no conocí en mi esposo sino un carácter elevado y bondadoso, una alma llena de benevolencia y generosidad. Mas yo no pretendo hacer aquí la apología del General Sucre. Ella está escrita en los fastos gloriosos de la patria. No reclamo su vida, esa pudiste arrebatársela pero no restituirla. Tampoco busco la represalia. Mal pudiera dirigir al acero vengador la trémula mano de una mujer. Además el Ser Supremo cuya sabiduría quiso por sus fines inescrutables consentir en tu delito, sabrá exigirte un día cuenta mas severa. Mucho menos imploro tu compasión: ella me serviría de un cruel suplicio. Sólo pido que me des las cenizas de tu víctima. Sí, deja que ellas se alejen de esas hórridas montañas, lúgubre guarida del crimen y de la muerte, y del pestífero influjo de tu presencia mas terrífica todavía que la muerte y el crimen. Tus atrocidades inhumano no necesitan nuevos testimonios. En tu frente feroz está impresa con caracteres indelebles la reprobación del Eterno. Tu mirada siniestra es el tósigo de la virtud, tu nombre horrendo

¹⁴ FRANCISCO DEPONS, *Viaje a la parte oriental de tierra firme en la América meridional*, Caracas, Fundación de promoción cultural de Venezuela, 1987, p. 126.

el epígrafe de la iniquidad, y la sangre que enrojese tus manos parricidas el trofeo de tus delitos. ¿Aspiras á más? Cédeme, pues, los despojos mortales, las tristes reliquias del héroe, del padre y del esposo, y toma en retorno las tremendas imprecaciones de su patria, de su huérfana y de su viuda. M.S. de Sucre¹⁵.

Estos documentos permiten vislumbrar mujeres dadas a defender sus puntos de vista, con criterio propio, que expresan opiniones, leen, observan a su alrededor y establecen criterios sobre el mundo, manejan el dinero y los hombres de las haciendas, tienen a su cargo las finanzas familiares y escriben correctamente contando su visión del país. Son mujeres distintas a las descritas por los historiadores, los sacerdotes y los viajeros de la época. Cada uno de ellos, por razones distintas describió a las mujeres de acuerdo a un esquema. Para los sacerdotes, las mujeres deben ocuparse únicamente de la procreación dentro del matrimonio, por tanto especifican que éstas deben ser sus labores y no otras. Cualquier intento de salir de los esquemas de madre y esposa es peligroso para la estabilidad de la familia cristiana tradicional. Los viajeros contaron de las mujeres que conocieron, y a partir de ellas generalizaron, mientras que los historiadores, si bien dan la información sobre las mujeres activas, al mismo tiempo las describen como pasivas. Siempre podemos pensar que las que opinan y discuten son la excepción a la regla. Pero si eso es así, en los periódicos de la época, la Gaceta de Caracas sería un ejemplo, hay avisos firmados por mujeres reclamando esclavos, vendiendo mercancías, donando dinero a la guerra o entablado juicios.

A partir del epistolario de las mujeres del siglo XIX se nos da una visión distinta de ellas. Allí podemos ver que las mujeres del siglo XIX no eran ignorantes, estaban al tanto de los acontecimientos del país, tenían opiniones propias y fundadas, que no dudaban en expresar, fueron valientes para enfrentarse al enemigo y, llegado el caso, no tuvieron problemas en empuñar las armas para defender sus creencias. Ha llegado el momento, entonces, de ver a estas mujeres como eran, no como la costumbre, los lugares comunes y los intereses sociales quieren que las veamos. Los hombres del XIX tuvieron buen cuidado de legarnos una imagen de lo que debían ser las mujeres, de cómo éstas debían comportarse. Es más, hicieron desaparecer el nombre de las verdaderas heroínas de la guerra de Independencia,

¹⁵ José F. BLANCO y Ramón AZPÚRUA, *Documentos para la Historia de la Vida Pública del Libertador*, tomo XIV, Caracas, 1978, p. 288. En: Inés QUINTERO, *Intimididades al descubierto (Epistolario femenino del siglo XIX)*, Trabajo presentado para ascender a la categoría de Agregado, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1998.

no sólo para que brillaran otros, sino también para que el comportamiento femenino no tuviera ejemplos a seguir. También por esa razón instauraron un esquema de actuación para las mujeres, que no tenía nada que ver con lo que éstas eran, sino con lo que ellos querían que fueran.

Nuestras mujeres no eran tontas muñecas, cuyas “lindas orejas adornadas con perlas y diamantes sólo estaban hechas para oír las dulces palabras que susurraba el novio o el consejo paternal del viejo confesor. Nunca para ser ofendidas con expresiones tales como revolución, libertad y, menos aún, libertad”¹⁶ sino todo lo contrario. Eran mujeres decididas, informadas y activas. Muchos hombres, al parecer, se negaban a aceptar esa realidad, por lo que seguían describiendo a las mujeres tal como ellos pensaban que debían ser, mas no tal como eran realmente. Michel de Certeau dijo que la historia se escribe desde el poder y que es un discurso legitimador de los poderes instituidos. En algún momento se decidió que las mujeres debían ser pasivas y tranquilas, en otro que sólo algunas (las heroínas) deberían aparecer en los libros de historia y que éstas deberían tener características y virtudes especiales. Las mujeres del montón debían comportarse según lo ordenaba la tradición y se prefirió construir una realidad paralela y ficcional en la que las mujeres eran lo que la iglesia católica y los hombres convencionales deseaban que fueran.

Lo que suele afirmar sobre las mujeres del siglo XIX, entonces, es un constructo ficcional, que sigue funcionando como verdad histórica a pesar de las evidencias contrarias que encontramos. Sin embargo, el análisis de las personalidades del siglo XIX debería ir más allá de estas construcciones y tratar de ver los hechos de estas mujeres, lo que pudieron hacer y lo que no. De esta manera podremos entender desde otro punto de vista cómo se fue formando el país y la gente de nuestro país.

¹⁶ Ermila TROCONIS DE VERACOECHEA, *La mujer de “El Diablo” y otros discursos*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1985, p. 17.